

límite á los deseos, y esta virtud, tan rara en los hombres, no se puede exigir á los niños.

El de mi vecina se quiso apoderar de mis tijeras; yo le demostré que este instrumento podría ser peligroso para él, y se lo rehusé; el niño empezó á gritar; su madre, contrariada de ver interrumpida nuestra conversación, iba á darle las tijeras, pero yo logré impedirselo. Entonces el niño, exasperado por una resistencia á la que no estaba acostumbrado, corrió á la habitación vecina, donde empezó á rugir, como si le matasen; detuve á su madre á mi lado y continué tranquilamente nuestra conversación; el niño continuaba dando gritos, pero hacia algunas pausas, y adelantaba de vez en cuando su cabecita rizada, á fin de asegurarse bien de que no se corría á acariiciarle; cuando se convenció de que gritaba en vano, calló y vino á nuestro lado vergonzoso y tranquilo. Cuando sus hijos se ponían intratables, mi vecina me enviaba á buscar: jamás di un capirotozo á sus niños, y sin embargo me obedecían y me amaban.

—¡No comprendo esto!—me decía su madre, suspirando.—¡Hace usted todo lo que quiere! ¡debe usted darme su receta!

Esta receta, Julia mía, era muy simple: no

contrariaba inútilmente á los niños, soportaba con paciencia sus pequeños caprichos, cuando no tenían serios inconvenientes; motivaba siempre mi negativa, demostrándoles con ternura que su propio interés me prohibía acceder á sus demandas, y en fin, no me dejaba jamás ablandar por sus ruegos, sus lágrimas y sus cóleras. Como es muy fatigoso el llorar y gritar, los niños no se imponen gratuitamente esta fatiga, y cuando están bien seguros de que no ganan nada con encolerizarse, suprimen este procedimiento violento.

Mi receta—como decía mi vecina—, es aplicable á todas las edades y á todas las situaciones, y las personas débiles, las que no pueden soportar las violencias de otros y las eternizan queriendo evitarlas, debieran probar con ella.

Pruébala tú con Octavia también; ese carácter, á la vez colérico y ligero, ese afán de homenajes, ese amor á la holganza de tu joven hermana, necesitan un yugo suave y saludable á la vez: ya sé que á tu edad tienes bastante con tus cuidados de esposa y de madre, sin tener que añadirles la pesada carga de preceptora de tu hermana; pero ¿quién puede tomar esta pena, faltando vuestra excelente y santa madre? No es tu padre el llamado á

educar á esa niña, que, aunque dotada de buen corazón, tiene un carácter fatigante y lleno de defectos.

Ten paciencia, pues, hija mía, y resignate á esa doble responsabilidad que pesa sobre ti; emplea con tu hermana una dulce, pero firme dignidad, y sobre todo enséñale con el ejemplo; está siempre ocupada de alguna cosa útil, y si ella permanece ociosa, déjala que se avergüence de su actitud, sin llenarla de reproches amargos, que quizá la harían perder todo resto de ese suave y dulce decoro, tan bello en las jóvenes.

Que sólo salga contigo de casa; no la permitas numerosas amistades, sino sólo el trato regular con las personas de tu confianza; de este modo conseguirás mucho más que con reflexiones fuertes, con incomodidades y con escenas violentas; no des parte á tu padre de las sinrazones de tu hermana más que cuando éstas lleguen ya á un punto insoportable, lo que me parece imposible que suceda, si observas la conducta firme, digna y dulce que te recomiendo.

FELICIA.

XIII

Me pides, mi querida Julia, algunos consejos sobre la educación física de María, y voy á dártelos: mi experiencia acerca de esto es completa, ya porque he educado á mis hijos y á los de mi hermana, ya porque he tenido cuidado de tu propia salud, habiendo pasado á mi lado los primeros años de tu vida.

No es fácil discernir, si yo he dirigido bien la naturaleza, ó si ésta ha sido bastante generosa y bastante fuerte para suplir á mi insuficiencia; mas como quiera que sea, te enviaré en esta carta una relación de los cuidados que he prodigado á tu infancia y á la de mis hijos.

Te diré con respecto á la educación física, lo que te decía respecto á la educación moral de tu hija; y es, que los sistemas no pueden ser jamás enteramente aplicables, y que en lugar de forzar las disposiciones particulares, la organización y los gustos de cada niño á modelarse sobre ciertas ideas preconcebidas, vale más observarlos, y por el contrario, subordinar todos los sistemas posibles, á la naturaleza particular del niño que se educa.

Desde el día de tu nacimiento, mi querida Julia, te acostumbré á tomar, dos ó tres veces

por día, un poco de leche con agua; tenía yo una inquietud perpetua, imaginando que una enfermedad de tu nodriza podía impedirte darte el pecho, y quería que no dependiese de ella sola tu alimento cotidiano y único; por eso te acostumbré á esta otra nutrición desde muy pronto. Si María, como me dices, es robusta, debes hacer lo mismo: si no, espera á que se robustezca un poco, y sigue los consejos del médico, para acostumbrarla á poderse pasar sin el pecho de la nodriza. ¡Cuánto mejor hubiera sido que tú misma hubieras podido amamantarla!; pero con los accidentes nerviosos que siguieron al nacimiento de tu hija, ha sido imposible, y no me toca á mí quejarme, sino consolar tu dolor.

Las abluciones de agua fría para los niños, tienen hoy muchos adeptos: sin embargo, yo no me determinaría á emplearlas; nada cuesta entibiar ligeramente el agua de manera que pierda la crudeza, y á mi parecer hay algún peligro para las tiernas criaturas con el agua enteramente fría: los niños hasta los seis meses, deben ser lavados por completo con una esponja grande y fina, y después de los seis meses, deben tomar un baño diario, secándolos bien, en ambos casos, con una sábana fina.

La moda inglesa de hacer salir á los niños en todas las estaciones con las piernas desnudas, es origen también de muchas enfermedades: sostienen algunos que la costumbre triunfa en los niños del sufrimiento; mas ¿á qué viene la inútil barbarie de hacer padecer á esos pobres seres, indefensos contra la crueldad de sus madres? No dudo que los niños, al cabo de un largo invierno soporten el aire en las piernas tan fácilmente como en el rostro; pero es quizá á costa de ser atacados de un reuma nervioso para toda su vida.

¿Para qué, por otra parte, hacerles adoptar una costumbre á la que habrán forzosamente de renunciar?

Tus hijos—ni aun los varones—están destinados á aumentar el cuerpo de los *Highlanders*, que sirven en la armada inglesa, y no hay necesidad de aguerrir sin vestir sus piernas. Me parece que lo más prudente es conformar el traje de los niños á la temperatura. María podrá y deberá estar ligeramente vestida, cuando se halle en una habitación abrigada, ó bien cuando juegue sobre el césped del jardín, durante las tardes del verano: mas es preciso abrirla convenientemente, cuando salga los días fríos. Evita, sobre todo, el exce-

so opuesto á la moda inglesa, y no la abrimes bajo el peso de las entretelas y de las lanas de los abrigos: deja en toda ocasión que el aire puro y sano llegue hasta ella: el exceso de precauciones da á los niños una constitución delicada y débil y les impide desarrollarse.

No adoptes jamás para tus hijos los trajes que compriman sus nervios: la libertad más absoluta es necesaria á su desenvolvimiento, y éste es indispensable á su salud. Muchas madres del gran mundo creen que las exigencias de la moda son más respetables que el bienestar de sus hijos, y someten á éstos á la tortura del corsé, á fin de que el traje luzca todos sus ornamentos: no las imites, mi querida Julia, y no comprimas el talle de Maria. He conocido una dama rusa que sujetaba á sus hijos á un continuo martirio, deseosa de que fuesen tipos de elegancia y de distinción, y de que introdujesen las modas infantiles francesas en su país: esta señora perdió todos sus hijos, antes que renunciar á su sistema. Sólo ha conservado uno, y éste está baldado y anda con la ayuda de muletas: ni tan grande desgracia ha convencido á su madre de su error.

Quiero concluir esta carta, hija mía, con una recomendación importante, para evitarte

un defecto muy común en las jóvenes madres, y tanto más frecuente, cuanto es más natural. Para estas madres, su hijo se convierte en un ídolo, al cual todo debe ser sacrificado. Guárdate bien de sacrificar Eugenio á su hija; evítale los pequeños enojos que ésta le puede causar: y cuando tu marido entre en su casa, recuerda que él necesita también de todos tus cuidados y de toda tu ternura; porque los maridos son niños grandes, que sufren si se les desatiende, en tanto que aman á su mujer.

En fin, si no manifestase, tan vivamente como tú, los sentimientos de *adoración* que sientes por tu hija, no le hagas de esto un crimen: la naturaleza ha puesto en el corazón del padre y de la madre un amor igual en poder, pero distinto en sus efectos: el mejor de los padres, sería una mala madre, ó á lo menos una madre inhábil. Dios ha hecho que tú sientas hacia tu hija esa ternura apasionada, á fin de hacer fáciles y hasta dulces los cuidados continuos, fatigosos y á veces repugnantes de que tienes que rodear á la delicada criatura, fruto de tus entrañas. Los atributos de un padre son del todo distintos; éste interviene en la educación de sus hijos, cuando se trata de formar su corazón y de ilustrar su espíritu;

pero mientras hay que velar únicamente por las necesidades físicas, el cuidado te pertenece solamente á ti, y no te encareceré demasiado, por mucho que lo haga, el cuidado de evitar á tu marido la vista y el conocimiento de los cuidados necesarios á vuestra pequeña María. Que Eugenio no se vea reemplazado en tu cariño, y antes al contrario, que se crea el primero en él, para que ame á su hija.

FELICIA.

XIV

No sabré expresarte, hija mía, cuál es mi alegría al verte tan felizmente dotada del talento de la vida, como te veo, no sólo por tus cartas, llenas de expresión y de sinceridad, sino también por las de Eugenio, que me escribe poseído del sentimiento íntimo y profundo de su dicha.

«Gracias á la buena índole y al superior talento de Julia—me escribe tu marido—, gracias también á los consejos de usted, yo no veo alderredor mío ninguna sombra negra: mi mujer ha hecho de nuestro hogar el más dulce asilo: mi hermana, mi madre, que no la miraba con mucha simpatía, porque siendo muy joven y muy bonita, temían que les roba-

sé mi cariño, la adoran ahora. Y hacerse amar de Cecilia, no es cosa fácil por cierto: mi casa respira el orden, el arreglo más admirable: la alegría y la dicha habitan mi hogar como su casa propia: ya Maria cuenta un año, y Julia se halla á principios de otro embarazo, sin que su salud ni sus gracias seductoras se hayan alterado: y no hablo sólo de sus gracias físicas; aunque sean éstas de mucha valía, hay otras en ella que valen mucho más: estas gracias son, su suave y dulce prudencia; su alegre conformidad con todos los pequeños trabajos de la vida; su amor tierno, deferente, lleno de consideraciones para mí; su cariño é infatigables cuidados para su hija; su bondadosa afabilidad para todos; y en fin, el acertado gobierno con que dirige el timón doméstico.»

«Pero la más admirable de sus obras es el haber cambiado el carácter de su hermana. Octavia es ya otra, bajo la dulce influencia del trato de Julia: ésta no ha empleado para corregirla de su coquetería, de su ociosidad, de su insolencia, otro medio que el del ejemplo; pero este ejemplo constante y silencioso, ha llenado de rubor á la indómita niña: los castigos la hubieran irritado: aún su holganza y su aversión al trabajo subsisten, pero Julia triun-

fará también de estos arraigados defectos.»

«Soy feliz, pues, mi querida señora, y estas solas palabras son las primeras que me ocurren al contestar á su amable carta últimamente recibida: sí, soy feliz, y lo seré más cada día. Dios bendice la casa donde entra un ángel como Julia, y mi trabajo crece dando cada día mayores utilidades.»

«Soy, señora, uno de los hombres más dichosos de la tierra: una buena y amable compañera, una hija á la que adoro y que prometo retratar las perfecciones de su madre, una familia unida y estimable, el trabajo honroso y bien retribuido, creo que es todo lo que se puede pedir al cielo, y esto me lo ha dado con la plenitud de su inmensa bondad.»

Sé que al copiarte este párrafo hago una pequeña traición á la confianza de Eugenio; pero al mismo tiempo sé que en su lectura está tu mejor recompensa, y no tengo el valor de rehusártela.

Sigue, hija mía, por esa senda con pie seguro y firme: es la sola que lleva á la felicidad; que tu marido te halle siempre ocupada de él, y que halle á sus hijos bien cuidados, aseadamente vestidos, sin que se aperciban jamás de las ruedas que hacen funcionar la máquina de

su dicha, y los esfuerzos indispensables á la conciliación de estos distintos deberes.

Ya sé que la tarea es difícil y multiplicada. Mas solamente llenándolas disfrutarás de los bienes de la vida, y de la satisfacción de tí misma. Ya ves cómo tenía yo razón al asegurar que una mujer, una madre, no puede conocer el hastío y el fastidio. Todas tus horas, todos tus momentos estarán ocupados; y es solamente en esas condiciones, cree á mi vieja experiencia, como una mujer puede estar al abrigo de los peligros de toda especie, contenidos en la ociosidad, que es la madre de todos los vicios y de todas las desgracias.

Tu padre está tan contento con la mudanza del carácter de Octavia, que me parece rejuvenecido de veinte años, según el estilo de su carta; ya sé que todos los días vais Eugenio y tú á saludar á ese padre cariñoso, y que tu marido le ha dedicado un afecto y una consideración completamente filiales. Vuestros hijos os lo pagarán, y vosotros debéis estar satisfechos en el fondo del alma al recordar este precepto y esta promesa de la Escritura:

Ama á tu padre y á tu madre, para que tengas larga vida sobre la tierra.

Habla tu padre de llevar á Octavia á un

pequeño viaje para recompensarla de su enmienda, porque para ese tierno padre cualquiera esfuerzo de sus hijos es una heroicidad. Fernando, tu hermano menor, corresponde bien á sus desvelos y le paga con ternura y en aplicación todo su cariñoso interés; tú eres el orgullo de su vejez y tu pequeña María la alegría de su alma; sólo Octavia es la que le ha dado disgustos con su carácter especial y poco dócil; sin embargo, tú has conseguido un gran triunfo; inspirar á esa niña el amor al decoro, la reserva y la dignidad tan necesarias á su edad, no ha sido pequeña victoria; pero aun te queda el mayor enemigo que vencer: el de la ociosidad; para combatirla voy á darte un remedio eficaz.

Haciendo tú tus propios vestidos, no es regular que des los de Octavia á la modista, pero es probable que los hagas tú misma; deja de hacerlos si es así; dale á tu hermana la tela, los patrones, y las instrucciones necesarias, y que corte y cosa sus vestidos ó que esté sin ellos; te aseguro que si tiene que ponerse uno usado, en vez de otro nuevo y de moda, perderá su afición á la holganza, y antes de estarse en casa ó salir mal vestida, cortará y coserá sus trajes.

Es cosa dura el que las personas tengan defectos opuestos, como sucede con Octavia; la coquetería y la pereza no suelen ir en buena compañía, porque se incomodan la una á la otra; cuando están juntas es necesario combatir las separadamente, y á la vez ponerlas al servicio la una de la otra; puesto que Octavia es naturalmente elegante, azle ver que el seguir siéndolo depende de ella, y que tú no puedes ni quieres poner tu aguja y tu tiempo á las órdenes de sus caprichos, teniendo demasiado que hacer con el cuidado del equipo de tu esposo, de tu hija y tuyo. Es seguro que más ó menos pronto, Octavia hará sus vestidos y se aficionará al trabajo, y entonces no será extraño que te ayude, hallando en ella un auxiliar activo é inestimable, por su buen gusto y actividad, que será entonces tan grande, como ahora lo es su negligencia.

FELICIA.

XV

Dedicaré también esta carta á los cuidados físicos que los niños necesitan; el modo de atenderles en las caídas es muy esencial para precaverles de accidentes funestos en lo sucesivo. Una de las razones por las cuales no

puede una madre prudente dejar sus hijos al cuidado de los criados, es el temor de los accidentes graves que pueden resultar de una caída ó de un golpe que no se haya cuidado al instante de recibirlo, y cuidado con inteligencia.

Una niñera deja caer una criatura, sea por torpeza, sea por descuido, sea por travesura del mismo niño, ó bien le ve caer ante sus ojos, ó darse un golpe jugando, y es casi seguro que calla este accidente á la madre, á menos que una señal visible no la obligue á hablar, pues teme que la riñan ó la despidan por su falta de cuidado.

De aquí resulta una multitud de enfermedades que parecen caer de repente sobre las pobres criaturas, y cuya explosión sería muy fácil precaver atacando el mal en su nacimiento.

Muchas veces una fiebre cerebral arrebatada á un niño en pocas horas, y el origen de esta muerte cruel es un golpe recibido en la cabeza; otra vez se advierte repentinamente que se le ha torcido el talle á una niña, que su espina dorsal se ha encorvado, que los hombros se han desencajado, y estos desarreglos espantosos tienen por origen una caída sobre las caderas, que no se ha curado al instante

mismo, cuando el mal podía repararse fácilmente con la ayuda de algunas precauciones.

Lo mismo sucede con los pobres niños que cojean, pues la causa de esta deformidad son las caídas sobre las rodillas, ó los golpes en las mismas, que no se han atendido prontamente. Hay que vigilar á los niños con un cuidado constante, y en caso de accidente, atenderles de modo que se corten las consecuencias del mal, para lo que siempre debe haber en la casa tintura de árnica, harina de mostaza y aguardiente alcanforado.

En caso de golpe ó caída sobre la cabeza, si el lugar herido no sangra—lo que es frecuentemente mucho más peligroso que una herida—, se hace beber inmediatamente al niño un vaso de agua azucarada, con unas gotas de tintura de árnica, que podrán ser en número de ocho á diez, más ó menos, según la edad ó la robustez del niño.

Se pone seguidamente una cucharadita grande de tintura de árnica en un vaso de agua fresca, y en ella se empapa una compresa de tela de hilo y se aplica sobre la parte herida. Si la digestión de la última comida del niño está bastante adelantada, se le dan unos baños de pies con un poco de mostaza, y si

no se le acuesta arropándole moderadamente, sobre todo los pies, que se procurará tenga con un calor igual y dulce, poniéndole, si es invierno, una botella llena de agua caliente junto á ellos. Si la caída ha sido de espaldas ó de lado sobre alguna de las dos caderas, es de toda necesidad desnudar al niño y darle fricciones con aguardiente alcanforado, acostándole al instante, y teniéndole con tanta quietud como sea posible, durante veinticuatro horas.

Si no tiene dolores se le puede dejar libre al cabo de este tiempo; pero si se queja ó llora, es indispensable que permanezca acostado, en tanto que se envía á buscar á un médico especialista en esa clase de dolencias, y renovar las fricciones hasta que llegue el facultativo; el niño deberá estar, no sólo acostado, sino extendido en el lecho, sin permitirle que se sienta ni aun para tomar alimento, el que deberá ser muy ligero, ó mejor dicho, deberá guardar dieta absoluta, pues nada hay más peligroso que ocupar el estómago de una criatura, cuando tiene atacado ó en peligro el cerebro. Estas reglas están tomadas de un excelente tratado de medicina del doctor Corvisart, el médico por excelencia de los niños.

Este hombre eminente encarga también,

que en los niños se cuide, por lo menos, tanto de la parte moral como de la física; que se les enseñe á ser razonables en sus afecciones, moderados en sus sentimientos y valerosos cuando se ven contrariados. «La resignación, añade, es el mejor sostén de la salud en todas las ocasiones de la vida, y debe enseñarse á los niños desde muy temprano: generalmente los centenarios son personas virtuosas ó profundamente egoístas, y en todo caso poco dominadas por las pasiones, las que matan más pronto y más seguramente que las enfermedades; es, pues, preciso, que hagáis á vuestros hijos dueños de su imaginación, si queréis que tengan larga vida.»

Una existencia arreglada, según la misma respetable autoridad, es muy necesaria á los niños: el método y la sobriedad en las comidas, les dan firmeza de estómago; las madres deben estudiar la constitución de sus hijos y observar qué alimentos les son provechosos ó nocivos, conformando su régimen á este conocimiento.

Desde que una criatura puede comer debe acostumbrársela á una cantidad de alimento razonable, y que no sea demasiado corta ni excesiva: las niñas no pueden usar trajes dema-

siado escotados, ni llevar descubierto el antebrazo, porque la impresión del frío en este sitio, en el pecho y en el estómago de las criaturas muy tiernas, puede ser mortal en el invierno, y lo mismo en la primavera y durante el otoño, época en que el aire es sutil y ya frío.

No se debe oprimir á las niñas con el corsé ó los vestidos; esto perjudica á todas las funciones importantes, como la digestión, la respiración, etc., y les quita además toda su gracia nativa; pero tampoco debe dejárseles desabrigado el estómago, cosa que les sería en extremo perjudicial; para los niños de ambos sexos, de uno á cuatro años, hay formas de corsés muy cómodas, muy holgadas y muy higiénicas, que dejan al cuerpo de los niños la más completa comodidad, y la más adorable esbeltez.

Deja á los niños un poco de reposo después de cada comida; el ejercicio es una cosa excelente, pero haciéndolo con prudencia; nunca debe llegar hasta la fatiga ni puede tomarse durante el tiempo de la digestión: es un error creer que el andar después de comer es sano á la salud; el instinto enseña á los animales á acostarse después de cada comida, y no sería malo que tomásemos la lección que nos dan.

Acostumbrando á los niños á acostarse temprano, madrugan, lo que es muy sano para ellos; el fresco de la mañana les reanima y comunica vigor á sus tiernos organismos; son como flores, que necesitan aire puro, brisas y aromas; un baño frío en verano y templado desde el otoño, les conserva en perfecto estado de frescura y de salud, y de esto nos ofrecen un ejemplo incontestable los niños ingleses, tan robustos, sonrosados y hermosos, y que se bañan todas las mañanas al salir del lecho.

La suavidad de carácter influye más de lo que se cree en la salud de los niños; porque las criaturas sujetas á cóleras y á raptos de ira, se hacen biliosas desde muy temprano, y tienen los nervios destemplados é irritables: para suavizar el carácter de un niño, debe tratársele constantemente de un modo afectuoso, pero sin demostrar con él debilidad de carácter; que sepa amar el bien y huir del mal; que sepa que lo malo le está prohibido constantemente y sin apelación, y que el ser bueno le hará amable y amado de todos.

Tales son, hija mía, los cuidados que debes emplear con María y Luis; ya sé que á éste le cría la mujer de Francisco, el antiguo pastor, hoy convertido en labrador casi rico, casado.

con una hermosa joven, y el hombre más honrado y más alegre de esas campiñas.

FELICIA.

XVI

Algún tiempo he estado sin escribirte, mi querida Julia, ocupada con la educación de mis dos sobrinas, y últimamente con la enfermedad de la mayor, muy grave, y que la ha dejado en un estado de debilidad extraordinaria: la pobre niña necesita de mis cuidados continuos y de una atención constante, y así me perdonarás el que te escriba con menos frecuencia que antes; pues no por eso te quiero menos ni me intereso menos por ti.

Siempre serás, mi querida Julia, uno de los seres más amados de mi corazón: felizmente, ya veo tu porvenir asegurado, porque el porvenir tiene también su base firme ó insegura, según se han puesto bien ó no sus cimientos.

Esposa feliz y estimada, madre de dos hermosos hijos, tranquila acerca de la suerte de tu padre, cuya ancianidad es dichosa, viendo muy cercano un venturoso enlace para tu hermana: tu suerte, hija mía, puede ser envidiada por las más dichosas; y como te digo, tu

porvenir está asegurado por lo que hace á la paz y al bienestar de tu familia.

¡Cuánto deseo poder ir á haceros una visita y reposar mis ojos en el espectáculo de vuestra dicha! Mas hasta ahora, ha sido imposible para mi el cumplir este deseo: amenguados mis bienes de fortuna hasta la medianía, no me es posible dejar mi casa á manos ajenas, y además estoy sujeta por el sagrado deber del cuidado de mis dos huerfanitas; siempre recuerdo una décima, que si no es de gran mérito literario, lo tiene grande en cuanto al pensamiento moral, y que debiéramos saber de memoria y recordar todas las mujeres: la escribo aquí para que la aprendas.

Si sufres adversa suerte
sea con resignación,
que es más ilustre blasón
ser sufrido que ser fuerte.
Tal vez en bien se convierte
la mayor adversidad:
que en la ciega obscuridad
de que ceñidos estamos,
lo que por mal reputamos
es nuestra felicidad.

Con afecto, hija mía, la resignación que en estos versos se recomienda, es uno de los mayores bienes de la vida; porque sabiéndose